

JESÚS

PEQUEÑA REFLEXIÓN DE FE SOBRE SU IDENTIDAD Y SU ACCIÓN SALVÍFICA

1. El Dios contado

El mundo está lleno de noticias de Dios. Siempre lo ha estado. Noticias de dioses que van y que vienen, que hacen y deshacen, que salvan y condenan. Casi siempre dioses que actuaron en otros tiempos, ya lejanos y que luego parecen escondidos sin hacerse presentes en la vida cotidiana de los hombres como si estos les fuesen indiferentes.

Así era también en el pueblo de Israel. Su historia estaba llena de la presencia de un Dios que iba y venía, que hacía y deshacía, que salvaba y condenaba. Un Dios que había creado los cielos y la tierra, un Dios que había liberado al pueblo con “mano fuerte y brazo extendido” (Dt 26,8), que había hablado por los profetas mostrando un camino de justicia y de paz.

En su historia con el pueblo de Israel, Dios se había superado a sí mismo en poder, en misericordia, en justicia, en sabiduría. Por eso confesaban orgullosos: “¿Dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?” (Dt 4,7).

Sin embargo, demasiadas veces, este Dios cercano parecía esconderse y volverse insensible al dolor de los suyos. Demasiadas veces parecía que unas espesas tinieblas hechas de injusticia, violencia, desprecio, soledad... separaban a Dios de los suyos. La muerte y el pecado se habían solidificado en este mundo que Dios había creado bueno. La injusticia y la violencia se habían instalado en esta historia que Dios puso en marcha hacia la paz. Y nadie, ni siquiera los reyes ungidos por Dios, los sacerdotes con sus ritos religiosos o los profetas que traían su palabra parecían conseguir que Dios reinara en su pueblo y se hiciera Señor del mundo atrayendo la tierra prometida a los que tanto le suplicaban en medio de sus sufrimientos.

Así nació la espera del Mesías, la espera del ungido por Dios para hacer presente sus formas y su justicia, su poder y su vida. Sería como Moisés, que liberaría al pueblo de la opresión, que reflejaría en sus palabras la sabiduría de Dios, que conduciría al pueblo a una tierra de abundancia para todos; sería como Salomón, que juzgaría con justicia y equidad; como Melquisedec, sacerdote de paz y rey de una Jerusalén hospitalaria con todos. Cada uno se lo imaginaba de una forma, pero todos esperaban que venciera a los poderes que oprimían la vida que Dios había creado y salvado: “Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve” (Sal 80,4)

El pueblo esperaba la manifestación definitiva de Dios: aquella donde su sabiduría se hiciera carne en nuestra carne (Jer 31,33), aquella donde su misericordia no dejara ningún sufrimiento por visitar y sanar (Ez 34,11-16), aquella donde su poder acabara con todos los poderes que arruinaban la tierra (Sal 72).

Es en esta historia donde aparece Jesús presentándose como el que viene en nombre del Señor para anunciar e implantar su Reino, un Reino de “verdad y vida, de santidad y gracia, de justicia, amor y paz”, como dice el prefacio de la misa de Cristo Rey. Él lo dirá con palabras del profeta Isaías al inicio de su ministerio: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha unguido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor»” (Lc 418-19). A implantar el año de gracia *sin fin* del Señor.

2. El Dios encontrado

Apareció Jesús como un profeta más, como un profeta entre los muchos profetas de Israel, anunciando la fuerza misericordiosa de Dios que empezaba a amanecer en medio de la oscuridad del mundo para llenarlo todo de su luz de vida.

Un profeta que no solo hablaba, sino que hacía signos que decían más que las palabras, como ya habían hecho Isaías, Amós, Ezequiel, Jeremías... Le habían conocido como compañero de Juan el Bautista, un profeta amigo que anunciaba la llegada inminente del Juicio de Dios y ofrecía una oportunidad divina para no caer bajo su condena. Pese a su rudeza y sus palabras acusadoras, muchos iban a donde Juan porque encontraban en él una puerta abierta a la misericordia con la que Dios sujetaba su cólera.

Parecía que Dios empezaba a hacer amanecer su Reino, el Reino que siempre había pensado implantar en el mundo y que siempre parecía frustrarse al topar con la dureza del corazón humano. Pero ni Juan, ni después Jesús, sobre todo Jesús, iban a desesperar.

“No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”, decía cuando le acusaban al verlo mezclado con hombres y mujeres de mala vida. Jesús no bautizaba, sino que envolvía a los que se encontraba con una confianza en ellos que les hacía saber que más allá de sus dudas y fracasos, de sus infidelidades y pecados, estaban habitados por el amor de Dios que buscaba abrirse paso en sus vidas. Simplemente tenían que aceptarlo.

Jesús mostraba nuevamente que el oído de Dios escuchaba el dolor que latía en el corazón humano oprimido no solo por las relaciones de poder, sino por los miedos a la propia pobreza de vida. Aquel dolor que procedía de las humillaciones y violencias sufridas y aquel dolor que procedía de la vergüenza vivida; aquel dolor que intentaba ocultarse con la exhibición de mérito, y aquel dolor que no podía ocultarse y hacía vagar a los hombres como almas en pena.

“Venid a mí si estáis cansado y agobiados y encontraréis vuestro descanso”, decía a los que se acercaban a él atraídos por sus palabras y sus gestos y no terminaban de decidirse a entregarse a su forma de vida. “Cargad con mi yugo”, caminad a mi paso, sentid con mi corazón, vivid con mi vida... y veréis acercarse el Reino de Dios y su justicia y también su paz (Mt 11,28-30).

A su lado, y sin hacer nada especial, todos parecían encontrar sitio. “El Reino de Dios -decía- es como una semilla de mostaza, cuando la siembras es la más pequeña de las semillas, pero después de sembrada crece, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros del cielo pueden anidar a su sombra” (Mc 4,30). Y esto mismo se cumplía en él, que no poseía ninguna grandeza humana, ningún título, que brotaba pequeño entre los pequeños en un mundo habitado por grandezas, aunque su presencia abría un espacio infinito que lo ocupaba y donde todos tenían sitio para encontrarse, vivir y cantar la vida.

En sus comidas había sitio para todos y todos encontraban un puesto privilegiado, pues en ellas eran admitidos en la mesa del Reino de los cielos y servidos por el siervo de Dios. Más allá de este puesto otorgado todos los demás privilegios se mostraban pequeños e inútiles. Por eso, incluso muchos de los que tenían una mesa abundante y podían presidirla con poder, se sentían extrañamente atraídos por él (Lc 7,36-50; 19,1-10).

A su lado, todos se sabían pequeños y pecadores. Le llamaban maestro, Rabí, Señor... Se asustaban de su integridad, como cuando Pedro le dijo: “Apártate de mí que soy un pobre pecador” (Lc 5,8), pero él volvía de continuo a aquella posición de amigo confiado, de siervo entregado, de compañero alentador... que hacía que la vida de todos los que se acercaban a él se elevase a un estado superior, porque todos aprendían a llamar a Dios Padre, como hacía él.

Aprendían, junto a él, a rezar de nuevo, desprendiéndose de la imagen mezquina de Dios que produce el pecado en nuestro corazón y que nos hace dirigirnos a él como si fuera un doble poderoso del ser humano, con sus mismos humores y arbitrariedades. Junto a él aprendían a rezar el *padrenuestro*, no solo con la voz, sino con la misma vida contagiándose de sus sentimientos. Y envuelto con las peticiones del *padrenuestro* Jesús les decía: Este Dios que ves cuando confías como yo, cuando das gracias como yo, cuando te entregas como yo, cuando sientes como yo, cuando te diriges a Él como yo, ese es el Dios verdadero que te busca para hacerte partícipe de su Reino de vida.

3. La palabra de la vida

Sus palabras eran suaves como bálsamo que cura y afiladas como cuchillos que rasgan para revelar la gangrena escondida bajo la piel. Podía decir, al mismo tiempo: “Confía hijo, tus pecados te son perdonados” (Mt 9,2), dirigiéndose a los que se sentían condenados en su corazón y vivían oprimidos por una imagen justiciera de Dios; y “Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt 25,41), dirigiéndose a los que hipócritamente querían

vivir con una vela puesta a Dios y otra al diablo. Y esto sucedía porque sus palabras no eran ideas abstractas, sino una voz de salvación que tomaba tonalidades distintas según la situación del que tuviera delante.

Afirmaba que no eran suficiente los preceptos de la ley, no porque fueran excesivos y exigieran mucho, sino porque eran demasiado pobres para expresar el amor con el que Dios quería hacerse presente siempre y en todo lugar. Parecía decir: si cumples la ley, que el amor la habite para hacerla justa y hacerte justo a ti, si no será como “una campana desafinada” (dirá luego san Pablo). Si no conoces o no puedes o no sabes cumplir los preceptos, no te agobies, en todo elige “amar y servir” (como dirá san Ignacio unos siglos después). De esta manera su palabra ponía todo en un movimiento sin final hacia el mismo amor de Dios que “hace salir el sol sobre buenos y malos y que se preocupa hasta de la más pequeña de sus criaturas (Mt 5,45; 6,26-30).

Sus palabras no eran una doctrina fija, un cúmulo de ideas a retener, como si conocer la verdad nos hiciera verdaderos. Sus palabras habitualmente tomaban forma de parábola, de historias en las que el oyente de pronto se sentía interpelado. Al oírlas quedaba atrapado por una presencia inesquibable que le preguntaba qué pensaba él y, sobre todo, que iba a hacer después de haber visto las cosas de aquella manera especial que mostraban estas pequeñas fábulas. ¿Qué vas a hacer ahora que has escuchado la parábola de la oveja perdida y del hijo pródigo? (Lc 15), ¿qué después de escuchar la de los talentos (Mt 25,14-30)? ¿qué después de oír la de la cizaña (Mt 13,24-35)? El que escuchaba veía la parábola viva en la vida misma de Jesús y se sentía invitado a participar en ese mundo nuevo que se dibujaba en ella. La verdad de las parábolas se hacía verdadera en Jesús y en aquellos que acogían esa nueva sensibilidad que contenían.

Por eso, oír a Jesús era atrayente y complicado, porque en sus palabras siempre se percibía una invitación a adentrarse en un mundo nuevo de confianza, de gratitud, de libertad, de generosidad y de fraternidad. Y muchos ya tenían su vida demasiado hecha, con seguridades y poderes consolidados que no querían poner en riesgo ni siquiera si estas seguridades y poderes eran injustos o no del todo fiables (Lc 12,16-21).

Así fue como su fama se fue extendiendo y su vida se convirtió en piedra de tropiezo donde algunos caían y otros se levantaban. Jesús se convirtió en un signo de contradicción como afirmó el evangelista Lucas al describir los comienzos de su vida, cuando Simeón lo definió como signo de contradicción (Lc 2,34).

4. Para que tengan vida

Pero Jesús no era un simple hombre de palabra: de palabras verdaderas y bellas y de palabra veraz. Si se entendiera bien podríamos decir que Jesús fue un actor. Su vida no solo quería explicar la realidad, sino actuarla con la fuerza renovadora de Dios que, habiendo creado todo, parecía retenida por los poderes que dominaban el corazón del hombre. Por eso, su vida se convirtió en una

representación del Reino, y sus acciones en expresión de la potencia de vida de Dios en acto (Gn 2,3b-6.10; Jn 7,37-38). Como cuando en la tierra se abre un manantial que convoca a todos a beber agua fresca, en la humanidad de Jesús se afirmaba la fuente eterna de la vida que, como dice el libro del Génesis, a medida que brotaba iba haciendo fecundos los campos que tocaba.

De Jesús parecía salir una fuerza de vida que llamaba y activaba la vida de los que confiaban en él, una fuerza de fe que llamaba y activaba la fe de los que le aceptaban. Por eso, más de uno, invitado por Jesús a dejar a Dios ser Dios en él, sanó. Y así, sin que sepamos explicar muy bien cómo muchos recibieron la curación no para agarrarse a una confianza vana en la vida sin enfermedad y muerte, sino para entregarse confiadamente a un Dios que les ayudara a vivir cualquier contrariedad sufrida hasta que Él lo fuera “todo en todos”. Por eso Jesús, más que un curador de enfermedades (de hecho, solo curó a unos pocos), curaba la desesperanza y la falta de fe, era un generador de confianza salvífica, un suscitador de fe en ese Dios Padre para el que nada es un callejón sin salida y que en todo puede encontrar caminos de vida sobreabundante.

Lo mismo sucedía cuando el mal se había incrustado de una u otra forma en el cuerpo, el psiquismo o en el espíritu de alguien torturándole y haciendo que los demás se apartaran de él aislándolo y abandonándolo a su suerte o incluso castigándolo (Mc 5,1ss). Para Jesús, por encima del poder de todo demonio estaba la fuerza del amor originario de Dios que constituye el centro más íntimo de toda persona. Sorprendentemente, en Jesús aparecía la mirada y la llamada originaria de Dios y, sin que sepamos cómo, alcanzaba ese centro y desde él desanudaba todos los filtros perversos y opresores de la vida de los poseídos reconstruyendo su vida, como hizo con María Magdalena de la que se dice que expulsó siete demonios (Mc 16,9).

Todo podría resumirse como lo hizo Jesús diciendo que vino “para que todos tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10), esa vida que Dios da y que está retenida por el pecado, por las formas falsas de vivirla que se concretan en la falta de fe, el egoísmo, la injusticia, la violencia, etc.; y, finalmente, por la muerte. Por eso, es importante repetir, que su vida se convirtió en fuente de contradicción pues revelaba, al mismo tiempo, la vida que Dios da al mundo y que puede salvarlo y las formas falsas de vida a las que el hombre está aferrado, que le van destruyendo y de las que habitualmente no quiere salir, como deja claro el grito de los endemoniados: “¡Jesús de Nazaret, déjanos en paz! ¿Has venido a destruirnos?” (Lc 4,34).

3. El difícil encuentro

A lo largo de su vida Jesús revela hasta qué punto el ser humano, creado bueno por Dios, ha organizado su vida contra Él y si le nombre lo hace utilizando su nombre en vano. Jesús tendrá que enfrentarse a todos aquellos que viven pronunciando la palabra Dios deformándola según sus intereses. Por eso, aunque

utilicen la misma palabra, Jesús y los que le rodean nunca hablan del mismo Dios. En Jesús, la fe es fe en su paternidad generosa y misericordiosa con todos, incluso cuando parezca escondida; en los seres humanos, la fe es normalmente fe en un Dios que defiende su forma de vida, que da seguridad, y que condena a los enemigos. Y a medida que avanza el ministerio de Jesús ira quedando claro que el Dios de Jesús no cabe en una humanidad que se aferre a sí misma y a sus poderes.

Así el Jesús que comienza en Galilea como una suave brisa que atrae y ofrece descanso a los que vienen a él, que suscita la esperanza de una vida nueva que llega con el Reino de Dios, va convirtiéndose en un potente huracán que levanta todas las mentiras con las que el ser humano se viste y provoca una reacción cada vez más fuerte de rechazo contra él. El evangelio de san Juan lo describirá en una escena en la que los dirigentes del pueblo (representantes de nuestra forma de vida) acusan a Jesús de estar poseído por el diablo (Jn 8). Los discípulos que le han seguido van a quedar atenazados en esta pinza, llenos de miedo y sin apenas saber reaccionar cuando el conflicto llegue a ser de vida o muerte.

7. La semilla que muere para dar fruto

En esta situación Jesús llama a “nacer de nuevo” para entrar en el Reino de Dios (Jn 3,3). Dicho de otro modo, Jesús llama a reaprender la vida, a aprender a vivir de otra manera, con el espíritu que le guía a él mismo. Por eso dirá que hay que situarse ante Dios como niños, es decir, re-aprender la confianza frente a los miedos y resentimientos que la vida va guardando en el corazón; re-aprender la generosidad y la paciencia, frente al miedo y a la angustia que deja en nuestro corazón las limitaciones de la vida; re-aprender a percibir el don y a recibirlo como tal, frente al deseo de posesión y dominio que nos habita.

Esta es la semilla que Jesús planta; con su misma vida; como buena noticia de Dios: Dios puede hacernos nacer de nuevo a la vida verdadera y llevarnos a plenitud. Esta semilla, sin embargo, no cayó solo en tierra buena, sino que mayoritariamente cayó en terreno sin fondo, entre piedras, entre abrojos... y sufrió sus consecuencias (Mc 4, 1-9). Cuando Jesús cuenta la parábola del sembrador está identificando el camino del evangelio de Dios. En muchos casos la semilla deberá sufrir la destrucción al caer en un terreno que no la recibe, pero finalmente Dios la hará fructificar en una medida sobreabundante, hasta del ciento por uno. Ya desde el principio Jesús apunta los caminos del Misterio Pascual, los caminos de la muerte y la resurrección, los trabajos del amor de Dios para hacerse sitio en la vida de los hombres, para vencer sus reticencias, para ganar sus corazones. Y ya desde el principio Jesús vive de la confianza en la fuerza de Dios que sobreabunda sobre las limitaciones, dificultades y rechazos que encuentra a su paso. Por eso no huye (Lc 13,31-35).

En Jesús la figura de Dios aparece como una presencia amorosa de vida que atraviesa incluso las zonas oscuras del pecado y de la muerte dando vida. Por eso, ofrecerá el perdón a los que parecían perdidos para la vida santa del pueblo de

Israel, y, por eso, invitará a la confianza a los que pierden a sus seres queridos porque, como ya había afirmado la madre de los siete hermanos macabeos, el que los creó para la vida no los abandonará (2Mac 7,27-29). Esta es la fuerza espiritual que le mantendrá fiel en medio de la angustia del abandono y el desprecio, de la tortura y la muerte en cruz, acogiendo la dureza de la muerte sin desesperar.

La muerte impuesta sobre Jesús por aquellos que sentían amenazada su forma de vida, es vivida por Jesús como el camino de la semilla de Dios que se adentra en las zonas oscuras y dolorosas de la humanidad donde se rompe para dar vida. Se adentra en el odio sin ceder a él, ofreciendo un perdón que posibilita al enemigo reconocer su violencia y convertirse (Lc 23,34), se adentra en la nada de la muerte sin ceder a la desesperanza, ofreciendo a Dios su propia vida para que sea Él quien la recoja y la vivifique para siempre (Lc 23,46).

Con su muerte entra en ese espacio donde el hombre parece perderse sin remedio, donde el ser humano siente el desgarramiento de la vida, donde la impotencia de sus deseos y acciones se muestra sin compasión, donde ni siquiera sus mejores intenciones y obras le salvan. Como confesamos en el credo, entra en la agonía del infierno donde todo parece perdido, entra con el mismo grito de angustia con el que se dirigen los niños que sufren desconsoladamente a sus padres poniendo en ellos su última esperanza (Mc 14,32-36; 15,15,37).

De esta manera, Jesús que ya había atravesado los desiertos de la vida, entra en los desiertos de la muerte para acompañarnos, para abrazar todo lo que somos y envolverlo con su propia vida. Y desde allí intercede por nosotros poniendo su mismo cuerpo humano roto ante el Padre para que, mirando al que tanto ama en nuestra posición, nos ame a nosotros con ese mismo amor. Y desde allí, junto a nosotros y con nuestras mismas heridas, nos invita a confiar en Dios y a dirigirnos a Él con su misma confianza.

Por eso, mirando a la cruz vemos los cielos abiertos, porque contemplamos la misericordia de Dios en el mismo cuerpo de Jesús que se ofrece para que encontremos la vida y la recibamos de su mano, allí incluso donde parecía imposible abrirse paso. Por eso la cruz de Cristo nos salva.

9. El Señorío de Jesús

Pero tanto la parábola de la levadura como la del sembrador hablaban también de la fecundidad de la semilla. En otra parábola, la de la semilla que crece sola, Jesús había dicho que “la semilla germina y va creciendo, sin que se sepa cómo”, escondida en el interior de la tierra. Esto mismo sucede con Jesús. Él que se ha entregado a Dios y a los hombres, va creciendo en el interior de este Dios a escondidas con una fuerza que el hombre no domina y que es la misma vida eterna de Dios. Por eso, se mostrará renovado, transformado, plenificado en su ser, dándose de nuevo a los que lo habían seguido, convertido en un frondoso abrazo donde caben todos (Mt 13,32).

Esto es a lo que llamamos resurrección. No sabemos cómo sucedió, pero sí que no dejó de suceder de modo que las ramas de su presencia se extienden ya a todo tiempo y lugar. Jesús aparece como Señor de la vida, como el lugar donde esta se hace fecunda. En él, la vida alcanza a vivirse en toda su plenitud de relaciones y posibilidades. De esta manera, uniéndose a Cristo, caminando movidos por su Espíritu, la vida se hace eterna también en nosotros. En él nuestra tierra da “el ciento por uno” como decía la parábola, aunque haya que atravesar desiertos y dolores.

10. En la casa de mi Padre hay muchas moradas

Ahora, al que llamaba a Dios Padre, nosotros le llamamos Hijo eterno, porque con su resurrección hemos comprendido que pertenecía a Dios desde siempre y que está en Dios ya por siempre con nuestra misma forma de ser; que su presencia entre nosotros, su encarnación, solo tenía como objeto abrazar con su vida nuestra carne caduca y torpe y darle una morada en el interior filial de Dios que es él mismo (Col 3,1-4).

Por eso, cuando llamamos a Jesús Hijo lo estamos llamando, a la vez, Salvador, porque su filiación se ha hecho hogar de vida eterna para todos. Cuando reconocemos a Jesús como Hijo de Dios confesamos que Dios ha querido unir su vida a la creación con amor paternal y, por eso, podemos confiar en Él para siempre. Cuando llamamos Hijo al que ha pasado por la cruz la fe nos dice que no hay ninguna cruz que, puesta en manos de Dios, sea eterna en su dolor. Cuando le llamamos Hijo sabemos que, junto a él, Dios ya siempre es nuestro padre y los demás nuestros hermanos.

Afirmaciones cristológicas básicas.

- La forma de vida de Jesús abre la historia a todas sus posibilidades, de tal manera que todos puedan recibir sus bienes y tengan valor de vida para los demás. Por eso lo llamamos **Mesías**.
- Las palabras y las acciones de Jesús deben ser consideradas como la manifestación de la **Palabra de Dios** porque en ellas se muestra el designio divino para todos. Por eso, Jesús mismo se manifestó como la **Sabiduría** eterna de Dios.
- En el misterio pascual de Jesús, en su muerte y resurrección, se revela que el pecado y la muerte tienen preso al mundo, pero que no tienen la última palabra sobre él, y que han perdido su fuerza para anularnos. Por eso llamamos a Jesús **Salvador**.
- Jesús tras su resurrección se presenta como **Primogénito** y **Señor** de la creación, es decir, como aquel que recapitulando todo en sí tiene poder para llevarlo a plenitud; y también como **Hermano** de todos e **Intercesor** de la humanidad en el interior eterno de Dios.
- En Jesús se revela que Dios es Padre siendo él el **Hijo eterno de Dios**, encarnado para hacernos hijos partícipes de la misma vida divina.